



Ileana Hochmann – *Vestido de Luz*

“Antes de la caída, ellos, aun sin estar cubiertos por vestido humano alguno, no estaban desnudos: estaban cubiertos por un vestido de gracia que se adhería a ellos como un hábito glorioso (en la versión hebrea de esta exégesis que encontramos, por ejemplo, en el Zohar, se habla de un “vestido de luz”

Giorgio Agamben, *Desnudez*, (2014)

Y un día las puertas de las casas se cerraron sobre sus habitantes. El mundo cambió de un momento a otro y nos obligó a reflexionar, indefectiblemente, sobre nuestra existencia. El tiempo del afuera quedó suspendido y el tiempo del adentro cobró protagonismo. Adentro. Círculos concéntricos intramuros, la mirada que se vuelve en reversa sobre el entorno, sobre el ser humano en que cada uno devino; el lado B es ahora todo lo que hay. El “adentro”, tantas veces mencionado banalmente como un concepto que habla de las esencias, lugar donde radica la importancia del todo en todos los sentidos, ese “adentro” invisible a los ojos que tan bien supo graficar *El Principito*, es ahora puesto a prueba día tras día en un aquí y ahora que se hace consciente cuando es un deber y una necesidad social, resguardarse del afuera hostil: una pandemia azota el planeta tierra y nos sorprende a todos como estábamos parados hasta entonces, para bien y para mal, con nuestras maravillas y nuestras miserias.

El lugar del artista es particular; siempre se espera de parte suya una respuesta creativa ante las circunstancias de la vida, una relectura de la realidad en cierta clave extraordinaria, reflexiva, superadora, especialmente en momentos de adversidad. Este incipiente trabajo de Ileana Hochmann asume este presente desbordado de incertidumbre, sumergiendo su mirada de manera introspectiva sobre sí misma poniendo el acento en el cuerpo, en ese lugar que habita y habitará de por vida. La artista observa cómo cambia y lo registra en esta serie de desnudos donde busca reconocerse en ese cambio, en cada huella del pasado como recordatorio y fundamento del hoy. La desnudez prevalece, su ojo avizor se transforma en un juez amoroso que con elegancia, sutileza y ternura, capta decenas de autorretratos fotográficos que dejan al descubierto con cada toma, su afecto, respeto y cariñosa tolerancia por ese lugar de residencia permanente, más allá de cualquier confinamiento impuesto por los motivos que sean. Con la irreverencia carioca como estandarte, Ileana se permite seducir y seducirse haciéndose cargo del paso del tiempo, abrazándose en cada imagen de su cuerpo frente a un espejo o detrás del cristal transparente que refleja las sombras y las luces, mostrando que cada desnudo es portador de una suerte de “vestido de luz”-al decir de Giorgio Agamben en su exégesis del *Génesis*- que todo lo engalana. Fotos tomadas con la espontaneidad de aquello que acontece y no se piensa, aquello que se registra con la precariedad de lo que se tiene a mano –un celular en este caso- y se lo enfatiza, se lo destaca, donde la dificultad técnica es parte de la estética de la obra que nace a partir de aquello disponible, sin más.

Ileana revela un cuerpo dentro del cuerpo. Una toma es particularmente interesante: el eco de su imagen actual se refleja en la pantalla del televisor apagado y dialoga con otro autorretrato -en este caso de 1963, un tríptico de dibujos- que cuelga de su pared, poniendo en evidencia la inclemencia del tiempo, que esta mujer de 75 años asimila con hidalguía, decidiendo hacer lo que quiere hacer sin pedir permiso, mostrándose como se percibe y

descubriendo la belleza en su vejez en el perfume de su piel. Un perfume con alma, corazón y mente femenina, un perfume que da las notas del aroma de su identidad y que la dota de vestiduras bañándola en luces y sombras misteriosas, provocando el deseo quizás pero sin duda siendo ella misma un sujeto capaz de desear. E Ileana desea, y mucho. Un pase de baile se dibuja en un gesto recurrente con sus brazos, con sus manos. Es aquel modismo el que nos invita a compartir la experiencia de una artista que nos convierte en testigos protagónicos de su recorrido iniciático por las fronteras de su cuerpo, descubriendo por primera vez nuevos pliegues en su piel, mientras cada tatuaje certifica un momento vivido, mientras la presencia de la voz del género se impone a los estándares de belleza patriarcales y toma, con cada fotografía, una posición de resistencia. Un “vestido de luz” que nace de la cámara, del reflejo, del sol y de la luna, de la soledad, de la alegría y de la angustia. El desnudo no es tal hasta que otro lo descubre como falto de protección, de ropas, de cubiertas que silencien la presencia contundente de la desnudez. Es allí, en ese límite del espacio de confinamiento perpetuo que es el cuerpo, sobre el que Ileana Hochmann ejerce una lectura íntima, profunda, descarada, soberbia pero por sobre todo, absolutamente honesta.

Lic. María Carolina Baulo, Mayo 2020

Ileana Hochmann – *Dress of Light*

“Before the fall, they, even without being covered by any human garment, were not naked: they were covered by a garment of grace that adhered to them as a glorious habit (in the Hebrew version of this exegesis that we find, for example, in the Zohar, it is mentioned as “dress of light” **Giorgio Agamben**, *Nudity*, (2014)

And one day the doors of the houses closed on their inhabitants. The world changed from one moment to another and forced us to reflect, inevitably, on our existence. The time outside was suspended and the time inside became protagonist. Indoors. Concentric circles within the walls, the gaze that turns in reverse on the environment, on the human being in which each one became; Side B is now all there is. The "inside", so often mentioned banally as a concept that speaks of essences, where the importance of the whole lies in every way, that "inside" invisible to the eyes that the *Little Prince* knew how to graph so well, is now put to prove day after day in a here and now that he becomes conscious when it is a duty and a social need, to protect himself from the hostile outside: a pandemic strikes planet earth and surprises us all as we were standing until then, for better and for worse, with our wonders and our miseries.

The artist's place is particular; a creative response to life circumstances, a rereading of reality in a certain extraordinary, reflective, overcoming key, especially in times of adversity is always expected from the artist. This incipient work by Ileana Hochmann assumes this present overflowing with uncertainty, submerging her gaze introspectively on herself, putting the accent on the body, in that place she inhabits and will inhabit for life. The artist observes how it changes and records it in this series of nudes where she seeks to recognize herself in that change, in each trace of the past as a reminder and foundation of today. Nudity prevails, her watchful eye becomes a loving judge who with elegance, subtlety and tenderness, captures dozens of photographic self-portraits that reveal with each shot, her affection, respect and loving tolerance for that place of permanent residence, beyond of any confinement imposed for whatever reasons. With Rio's irreverence as a banner, Ileana allows herself to seduce and be seduced, assuming the passage of time, embracing each image of her body in front of a mirror or behind the transparent glass that reflects shadows and lights, showing that each nude is a carrier of a sort of "dress of light" - as Giorgio Agamben says in his exegesis of the Genesis- that adorns everything. Photos taken with the spontaneity of what happens without thinking, what is recorded with the precariousness of what is at hand - a cell phone in this case - and emphasized, highlighted, where technical difficulty is part of the aesthetics of the work that is born from what is available, without more.

Ileana reveals a body within the body. One shot is particularly interesting: the echo of her current image is reflected on the turned off television screen and it dialogues with another self-portrait - in this case from 1963, a triptych of drawings - hanging on her wall, highlighting the inclemency of time, which this 75-year-old woman assimilates with nobility, deciding to do what she wants to do without asking permission, showing herself how she perceives herself and discovering the beauty of old age in the perfume of her skin. A perfume with a feminine soul, heart and mind, a perfume that gives the notes of the scent of her identity and that endows her with garments bathing her in mysterious lights and

shadows, provoking desire perhaps but undoubtedly being herself a subject capable of desire. And Ileana desires, very much. A dance step is drawn in a recurring gesture with her arms, with her hands. It is that gesture that invites us to share the experience of an artist who makes us starring witnesses of her initiatory journey through the borders of her body, discovering for the first time new folds in her skin, while each tattoo certifies a lived moment, while the presence of the voice of the gender imposes itself on patriarchal standards of beauty and takes, with each photograph, a position of resistance. A "dress of light" that is born from the camera, the reflection, the sun and the moon, from solitude, joy and anguish. The nude is not such until someone else discovers it as lacking of protection, clothes, covers that silence the forceful presence of nudity. It is there, in that limit of the space of perpetual confinement that is the body, on which Ileana Hochmann exerts an intimate, profound, shameless, arrogant reading but above all, absolutely honest.

Lic. María Carolina Baulo, May 2020